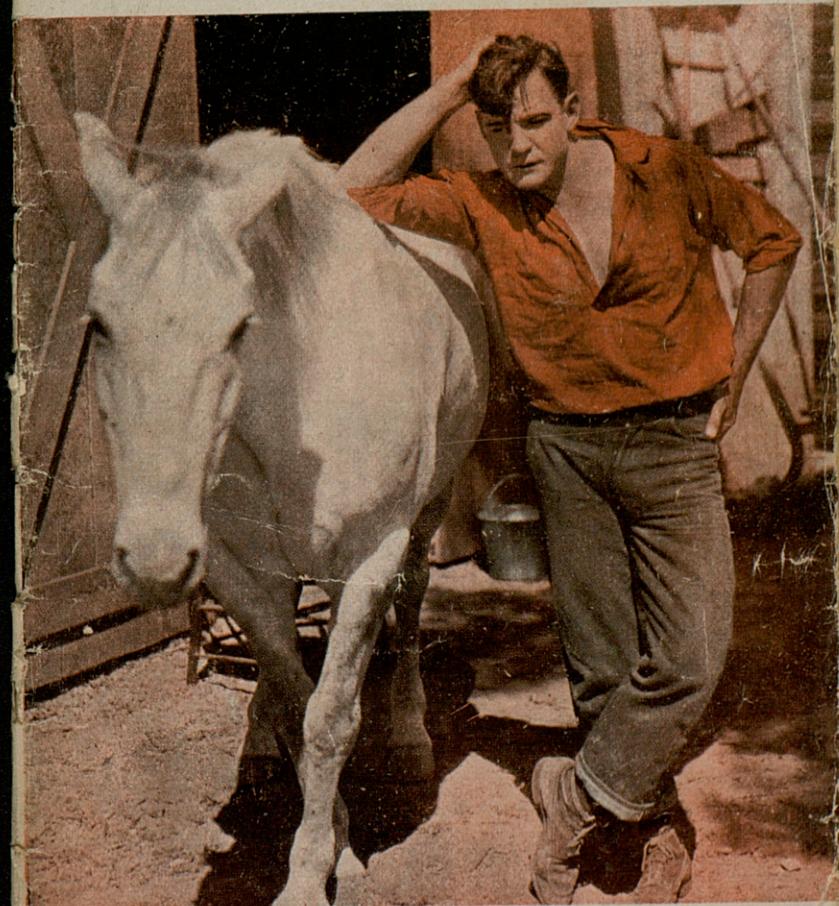


El valle desierto * Por Charles Jones



25 cént.

BIBLIOTECA TREBOL
Publicación semanal

Núm. 105

BIBLIOTECA TREBOL

DESERT VALLEY
1926

EL VALLE DESIERTO

SUPERPRODUCCION FOX

por

Charles Jones

el ciclón de las praderas cuya popularidad crece de día en día
como la de ningún otro vaquero americano

EXCLUSIVA: HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Calle de Valencia, 280 - BARCELONA

J

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
París, 204 - BARCELONA

EL VALLE DESIERTO

Superrproducción FOX

de

Charles Jones

la historia de la legendaria ciara desolación que dio su nombre
como el de miles de otros lugares americanos

EXCELSIOR: MUSPANO FOX FILM, S. A. E.
Calle de Alfonso, 500 - BARCELONA

REDACCION Y ADMINISTRACION

BARCELONA
Imp. SABATE-Aribau 206
Telef. G.1545-BARCELONA

EL VALLE DESIERTO

PERSONAJES:

Paco West . . . Charles Jones
Mirta Dean . . . Virginia Brown Faire
Timoteo Dean . . . F. W. Johnston

Geoffredo Lordes . . . Malcolm Waite

Paco West, un vaquero errante que si tuviera la lámpara de Aladino pediría un sombrero, un pastel de manzana, y tal vez muchas otras cosas más, ya que cuando le encontramos jinete en su caballo, sólo le quedan la camisa y los pantalones que tiene puestos. Lo mismo él que su caballo "Aguila Blanca" dejaron en el pueblo de Villa-Cacto sus mejores galas. Paco West había tenido malísima suerte a los dados y lo peor era que ahora que estaba sin blanca, tenía un hambre canina que no sabía como remediar.

E impulsado por la gazuza, cada vez más creciente, que sentía, se dirigió al poblado

más próximo dispuesto a afrontar los rigores del calor y de la sequía al atravesar el distrito de Valle Desierto... pequeña aldea del Oeste.

II

Mientras tanto, Timoteo Dean y uno de sus hombres, que atravesaban el Valle, comprobaron por sí mismos el deplorable estado de cosas para los intereses de todo el municipio y de los suyos propios.

Timoteo Dean era el único que por conservar vivas las escasas reses que le quedaban, luchaba solo contra el desalmado monopolio del agua, es decir, contra Geofredo Lordes, el hombre más rico, poderoso e influyente del pueblo, que había logrado legalmente acaparar el agua del Valle para obligar a marcharse a los pequeños rancheros y apoderarse de sus tierras.

—¡Mal estamos en este Valle! —dijo Timoteo Dean a su hombre—. Vea usted cómo nuestro ganado se muere de sed y hay agua en abundancia.

Y señaló a un lugar donde las sedientas reses se habían reunido, precisamente, junto a una cañería que recogía el agua de muchas leguas a la redonda arrebatandola

cruelmente al ganado y arruinando así a los pequeños rancheros.

—La cañería de Lordes—continuó—es legal ante los Tribunales, ¡pero es un crimen ante la humanidad! ¡Nos va a desterrar a todos!

Su acompañante arrancó una mata y por toda respuesta dijo:

—¡Todo está requemado! Es la peor sequía que hemos tenido desde hace muchos años!

Dando por terminado el alto que habían hecho en su camino, subieron a sus caballos y pronto desaparecieron tras una loma.

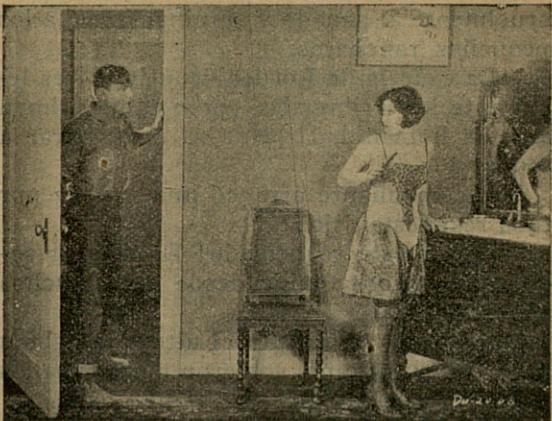
III

Cuando llegó Paco West junto a las reses que se morían de sed sintió gran piedad del pobre ganado y en su generoso corazón germinó la protesta.

“No hay derecho a que se mueran de sed estos animales”, pensó.

Sentado sobre una piedra, en estas cavilaciones, se acercó a él una ternera casi recién nacida y abrazándola Paco, conmovido, no pudo menos de exclamar:

—¡Pobre ternerita! ¡No durarás mucho sin agua!



—Usted perdone, señorita. No ha sido mi intención ofenderla.

III

Luego se quedó mirando fijamente a la cañería, se levantó, miró en todas direcciones por si alguien le veía y sacando su revólver, dijo a su caballo "Aguila Blanca":

—Un huequecito no le va a hacer mucho daño a la cañería y le haría mucho bien a mi conciencia.

El inteligente caballo hizo con la cabeza señales aprobatorias y entonces Paco West disparó varias veces contra la cañería, haciendo brotar el agua por diversos surtidos.

res junto a los que en ansia de vida penosamente se arrastraron las sedientas reses.

Mozo y caballo templaron su sed; después el arriesgado vaquero huyó del lugar de la ocurrencia a todo galope de "Aguila Blanca", exclamando al marchar:

—¡Bebed a mi salud, pobres animalitos!

IV

Veamos ahora lo que pasaba en Valle Desierto. En una de las casas más lujosas de la entrada del pueblo, Mirta Dean, bellísima hija del hacendado Timoteo, estaba con su criada negra contemplando satisfecha el resultado de sus dotes de cocinera, pues había sacado del horno tres hermosas tortas cuyo solo aroma invitaba a comerlas. Y para que se enfriases, mientras se vestía, las puso en sus respectivos platos sobre el alféizar de la ventana.

A la sazón, apareció en la calle sobre "Aguila Blanca", más hambriento que nunca, nuestro héroe Paco West, y al pasar junto a la casa le dió en la nariz el tufillo de las tortas e hizo parar a su caballo. Difícil situación en verdad. Su apetito le aconsejaba: coge una torta y cómetela; y, el deber le decía: "Aguántate y pasa de

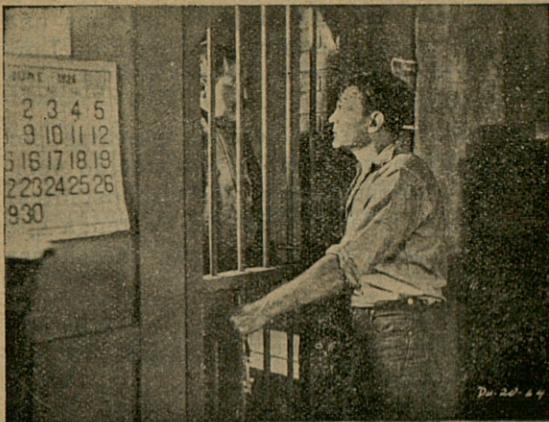
largo". Pero Paco, en uno de estos momentos de vacilación alargó la mano y se apoderó de una de las tortas. Comiéndola estaba cuando la criada negra de la señorita Mirta Dean le sorprendió, y dando desaforados gritos, fué corriendo a proveerse de una escopeta. Entre tanto, Paco procuró huir, pero un verdadero enjambre de perros que acudieron al olor de la torta, se lo impidieron y hubo de penetrar en la casa por una ventana y recorrerla de arriba abajo, huyendo de los disparos de la negra.

Una de las veces acertó a entrar en la propia habitación de Mirta Dean.

—Usted perdone, señorita. No ha sido mi intención ofenderla.

Pasado el primer momento de sorpresa, Mirta cayó en la cuenta de que el desconocido parecía muy simpático, pero cuando le quiso ver, ya estaba lejos de su cuarto... Por la ventana pudo presenciar cómo al salir de la casa, cogido entre dos fuegos, el sheriff le había echado mano por sospechoso y se lo llevaba, agarrado por el cuello de la camisa a la cárcel, mientras la negra, satisfecha del triunfo de la justicia, le amenazaba con el puño cerrado.

Al mismo tiempo que tales sucesos ocurrían a la entrada del pueblo, hacia la plaza, en casa de Geofredo Lordes se celebraba una magna reunión que casi tenía visos de



—Otra vez no se la deje usted dar con queso.

motín, pues dentro vociferaban los notables del pueblo y fuera sus mujeres. Hacía falta la sangre fría y la cara dura de Lordes para aguantar semejante acometida y no ceder ni un milímetro.

—¡Hay agua suficiente y usted tiene que vendérnosla para nuestros ganados!—gritaba un vecino, como cabeza de aquella protesta.

Y casi al mismo tiempo, entre un coro de voces y gritos femeninos, se oía decir en la calle:



—!Qué tempestad más terrible “Aguila”! ¡Quien sabe si nos recibirian otra vez en la cárcel!

ber usted lo que le toca hacer... Quiero que le dé una buena capa de brea y plumas al hombre que se ha atrevido a atentar contra mis intereses.

Dos efectos produjo la visita de Lordes. Por una parte llenar de temores el asustadizo ánimo del sheriff; de otra convencer a Paco West—el cual desde su celda había oido toda la conversación—de que si se

abandona a su muerte entre aquellas cuatro paredes, le esperaba la poco agradable perspectiva de ser “emplumado”.

A los pocos minutos, el primero, o sea el sheriff, se había tranquilizado y con los pies sobre la mesa leía el periódico; pero Paco West, más inquieto cada vez, había concebido un plan para escapar cuanto antes de allí. Poniéndolo en práctica empezó por dar grandes alaridos:

—¡Ay! ¡Ay! ¡Me muero!—chillaba el ladrino.

Y tal estrépito llegó a armar que el sheriff levantándose fué hasta el calabozo a ver qué le pasaba.

—Bueno—le dijo cuando estuvo junto a la reja—, no quiero gritos. Muérase tranquilo y déjeme leer el periódico.

Y se volvió a la mesa a proseguir leyendo el folletín.

Inútil empeño. Paco West comenzó a dar tales berridos que no tuvo más remedio que volver a ver que sucedía en el calabozo. Y esta vez cayó en la trampa.

West había colocado las ropas del camastro como dibujando el cuerpo de una persona y él se había escondido junto a la puerta. Entró el sheriff, se dirigió confiado a la cama y entonces cayó sobre él Paco, le dominó fácilmente, y, apoderándose

del manojo de llaves, encerró en el calabozo a su guardián.

El sheriff corrió como un loco a la reja, pero ya era tarde.

Cuando echaba el cerrojo con doble vuelta de llave, le dijo West con mucha guasa:

—Otra vez no se la deje usted dar con queso.

Y se fué corriendo hacia la puerta...

Pero el simpático vaquero no había contado con la huéspeda... es decir, conque en aquel instante llegaban a la oficina los auxiliares del sheriff, quienes al verle decidieron por todos los medios impedir su fuga.

Paco, acorralado, esperó la embestida de sus perseguidores subido al buró del sheriff y cuando sus auxiliares penetraron a una, forzando la puerta—que el mozo al verles llegar cerró con llave—, nuestro héroe se lanzó a la calle de un soberbio salto por encima de ellos, desafiando la rotura de sus huesos.

Afortunadamente no le ocurrió nada y salió corriendo perseguido por los auxiliares del sheriff.

Durante algún tiempo tuvieron su pista. Despues les dió esquinazo y viendo a un grupo que jugaba a los dados se mezcló con los jugadores y tan buena suerte tuvo que les ganó, no sólo todas las piezas de que se compone el traje de vaquero, sino también



—¡Un paso, y disparo!

Una vez en posesión de tales tesoros, silbó fuerte, llamando a "Aguila Blanca" y el caballo rompiendo la cuerda que le ataba al pesebre de la cárcel acudió a galope a la llamada de su amo.

Pero como "Aguila Blanca" hubo de pasar por varias calles antes de llegar a donde estaba esperándole Paco West, los auxiliares del sheriff y el mismo sheriff le vieron y corrieron hacia el lugar donde se di-

rigía encontrándose conque guiados por el caballo halían ido a descubrir al hombre que tanta ansia tenían por atrapar.

Entonces menudearon los incidentes cómicos.

Paco los atrajo a una especie de corraliza, donde había un toro algo bravo, y poniendo su sombrero en el cuarto trasero del cornúpedo de modo que al andar el animal sólo se veía sobresalir el sombrero al filo de la cerca de tablas, les hizo caer a todos en la trampa y desde su escondite se divirtió grandemente, viendo correr del astado a sus perseguidores.

Otras bromas les dió por el estilo hasta que al fin desistieron de perseguirle y entonces Paco West, satisfecho de haberse librado de la brea y de las plumas y más que gozoso por haber tenido tan buena suerte en el juego, salió por la tarde del pueblo como errante vaquero, en busca de lo que le deparase el destino...

V

Veamos ahora lo que hizo Lordes al salir de la oficina del sheriff.

Inmediatamente se dirigió a casa de Timoteo Dean y habiendo encontrado a la

bella hija de Dean en el camino, la dijo:

—Mirta, busco a tu papá...

Gesto de sorpresa de la joven.

Lordes hizo como si no lo hubiera notado y prosiguió:

—Rompió la cañería y el sheriff le sigue la pista...

Y concluyó con una entonación de voz que quería ser muy confidencial:

—Vine a prevenirle...

Mirta, no tenía nada de diplomática y tanto la asqueó el sinuoso proceder del influyente malvado que, sin embajes le dijo lo que sentía:

—¡No lo creo, Lordes! ¡Estoy segura de que usted mismo envió al sheriff en su busca y de que todo ello no es más que un nuevo plan de los suyos para arruinar a los rancheros de poco capital!

Quiso replicar Lordes, pero como no sabía qué decir, optó por marcharse casi sin despedirse de la muchacha.

Mirta entró en la casa e hizo que un criado fuese en seguida al encuentro de su padre para comunicarle la novedad.

VI

El manantial del desierto, acaparado por Lordes bajo pretexto de obras hidráulicas,

era una regular extensión de terreno en la que se habían construido varios cobertizos. En uno de ellos tenía sus oficinas Geofredo Lordes. Y a ellas se dirigía, con la esperanza de encontrar por el camino a Timoteo Dean, como así sucedió.

Le vió de lejos merodeando por aquellas inmediaciones y Lordes se apresuró a telefonear al sheriff para que con sus hombres se personase inmediatamente en el manantial.

Media hora después, durante la cual, desde su escondite el ricacho no perdió de vista a la presa, Lordes salió al valle y teniendo ocultos tras él al sheriff y sus hombres, hizo frente a Timoteo Dean, el cual contemplaba una vez más con ojos de rabia la odiosa cañería.

Lordes saludó de mala gana.

—Acabo de saber—dijo Dean señalando con un gesto de cabeza a su criado—que ha enviado al sheriff en mi busca y captura.

—Sí— contestó secamente el antipático personaje—, y le voy a meter a usted donde no pueda dañar más mi propiedad.

Desmontó del caballo Dean dispuesto a darle un bofetón, pero hubo de contenerse en vista de lo que le venía encima.

En afecto, el sheriff y sus hombres le rodearon y bajo la acusación de haber roto la cañería, le pusieron preso...

Todos montaron a caballo y emprendieron el regreso al pueblo.

Sólo quedó allí, en su oficina del manantial, el cacique Lordes, siempre pensando planes para aniquilar a sus vecinos.

VII

Hacia la media tarde se desencadenó una tempestad de arena con súbita furia. Mirta, inquieta, sin noticias de su padre, se dispuso a cruzar el desierto.

—Pero, señorita—le reconvino la criada negra—, usted no puede salir con una tempestad como ésta!

—¡Es preciso que salga! —replicó Mirta dando un vistazo a su traje masculino, y poniéndose al espejo un sombrero de hombre—. ¡Estoy preocupada por mi padre y tengo que encontrarle!

Poco después vemos a la joven atravesar el desierto, siendo verdadero juguete del viento huracanado que todo lo arrasa.

Al fin, casi ya a punto de perecer, una cabaña construida en la falda de una montaña la brinda seguro asilo y decide esperar allí a que se calmen un poco los elementos para después continuar su viaje.

Lo curioso del caso es que lo mismo que



Paco West dejó de hacer el "muerto"

a Mirta le ha sucedido también a Paco West, el cual, sorprendido en pleno desierto por la tempestad, se cobijó al principio junto a una roca y dijo a su fiel caballo:

—¡Qué tempestad más terrible "Aguila"! ¡Quién sabe si nos recibirían otra vez en la cárcel!

Luego, habiendo divisado a lo lejos la cabaña se dirigió hacia ella todo lo aprisa que le permitió el viento.

Y aquí de su sorpresa cuando al entrar en la cabaña se encontró con Mirta.

Mirta al verle, lanzó un grito ahogado.

Entonces Paco West, bromeando para que le dejase estar en aquel providencial refugio arguyó:

—Aquel pastel me puso terriblemente enfermo, señorita... Por lo menos podía dejarme entrar a echarme en cualquier parte puesto que no tengo prisa por ir a ningún sitio.

—¡Un paso y disparo! —dijo Mirta por toda contestación manejando con ambas manos para mejor asegurar la puntería su pequeño revólver.

Paco West no hizo caso de la advertencia y avanzó un paso al mismo tiempo que decía:

—Pero no va a esperar siquiera hasta que me vea el blanco de los ojos?

Avanzar Paco West y sonar un disparo fué todo uno. La bala le rozó ligeramente un hombro, pero hombre capaz de sacar partido hasta de las peores situaciones, para quedarse allí decidió hacerse el muerto, y ya en ese plan se dejó caer pesadamente en tierra.

Mirta, aterrada, no sabía qué hacer ni qué partido tomar.

En esto resonaron fuertes golpes en la puerta de la cabaña.

Antes de abrir Mirta empujó el "cadáver" junto a la mesa, lo cubrió con dos

mantas obscuras y después se atrevió a ver quién era el que llamaba.

El visitante no era otro que Lordes, que habiendo sabido en el pueblo que Mirta estaba en busca de su padre o de noticias de su padre, con aviesas intenciones quería encontrarla propicio para brindarla protección.

La muchacha le recibió como a Paco West, es decir apuntándole con el cañón de su revólver; pero Lordes, más astuto que el vaquero, logró engañarla y desarmarla.

—Señor Lordes — dijo Mirta alejándose del alcance de las manos del odioso caciique—. ¿Dónde está mi padre?

—¡Está donde quiero verlo a él... y quizás a usted también!

Mirta se alarmó y sin darse cuenta se fué acercando al gavilán.

Lordes tendió los brazos hacia ella y apriisionándola en ellos la dijo con bien fingido acento de caricia:

—No tiene por qué afligirse, señorita... Si es usted razonable, le diré cómo puede salvar a su padre.

Siguió una breve lucha. Mirta pidió auxilio. Y el que acudió solícito a socorrerla fué Paco West, que dejó de hacer el "muerto" para propinar un puñetazo tan soberbio a Lordes, que ya no quiso hacer méritos

para recibir más. Lo que hizo únicamente cuando volvió en sí fué exclamar:

—Nunca hubiera creído que mi presencia en esta cabaña había de interrumpir un idilio.

Esta salida enfureció de nuevo a Paco West y a patadas lo echó de la cabaña y le hizo montar a caballo a viva fuerza y a viva fuerza alejarse en el viento huracanado que aun barría toda la comarca, arrastran gran-aun barría toda la comarca, arrastrando grandes piedras y descuajando árboles y matas.

Cuando se quedaron solos, dijo Mirta a Paco West por el que ya sentía verdadero afecto:

—Le agradezco mucho su defensa, pero la verdad es que me ha puesto usted en una situación bien comprometedora.

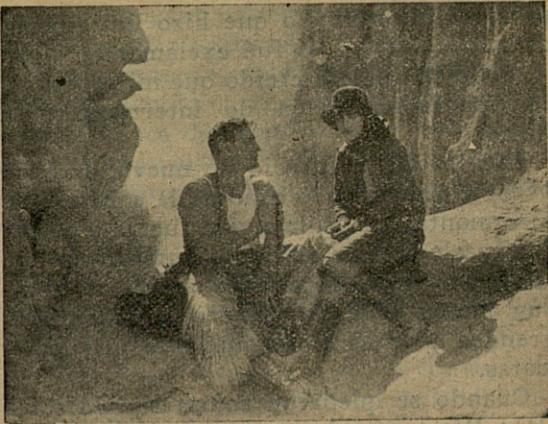
Mirta estaba realmente enfadada.

—Bueno—dijo West—adónde vamos ahora señorita Furia?

—Regrese al pueblo y casi me dan ganas de reintegrarlo a la cárcel.

—¡Magnífico! ¿Quiere usted llevarme a cuestas, o me permite que camine a su lado cogido de su mano?

Salieron. La tempestad de arena seguía implacable y hostil. Apenas habrían caminado medio kilómetro, Paco West cayó al suelo. Había perdido mucha sangre por la



Paco West cayó al suelo. Había perdido mucha sangre por la herida.

herida, de la que no había hecho ningún caso.

Mirta lavó y vendó la herida como pudo y lo mejor que pudo.

Luego, impaciente, habló así:

—Tendré que dejarlo a usted aquí y apresurarme a ver a mi padre, que está en peligro. Es indudable que Lordes le ha acusado de haberle roto la cañería y que el mismo Lordes puede constituirse en ley.

Paco West se echó a reír.

—Eso no puede ser—afirmó—, porque el que rompió la cañería fuí yo. Y explicó a Mirta todo lo ocurrido.

VIII

Al día siguiente Lordes había entablado a Dean un proceso rápido de los que solían comenzar por la mañana ante el juez y terminaban por la noche en la cárcel. Pero aquella vez no le valió.

Uno de los testigos fué Paco West y de los primeros, pues aun no había ido el sheriff, y dirigiéndose al juez en su estilo pintoresco de vaquero, le dijo:

—Señor Juez ¿no ha estado usted nunca en un lugar donde hubiera vendido el híberón de su nene por un trago?

—¿Qué?—preguntó el juez horrorizado.

Siguió explicándose el mozo:

—Quiero decir, si no ha estado alguna vez en el desierto donde hace tanto calor que hasta las cejas chisporrotean.. y uno cree ver diablitos rojos que saltan de roca en roca abanicándose con el rabo?

El juez, el jurado, todos los circunstanes menos Lordes y su gente rieron.

Esto animó a West, y prosiguió:

—¡Por eso disparé contra la cañería como

si hubiera sido contra un bandido que robaba el agua! ¡Y usted hubiera visto señor Juez, con qué gusto bebían las pobres reses sedientas!

A la sazón, entraron en la sala el sheriff y sus auxiliares y al ver a Paco West, el sheriff exclamó con una gran voz que asustó al mismo juez:

—Pido que se detenga a ese hombre para procesarlo en un tribunal verdadero! Es el mismo que se escapó de la cárcel el otro día. ¡Deténganlo!

Difícil tarea la de alcanzar a Paco West. Huía como el viento.

En su persecución salieron el sheriff—al que había amenazado con quitarle el cargo Lordes si no le llevaba a Paco West—y sus auxiliares.

Mirta dijo a su padre, el cual después de la declaración del errante vaquero quedaba libre de toda sospecha:

—Papá, tienes que ayudar a West... por mí... ¡Le quiero tanto!

—Bueno voy a seguirlos y procuraré ayudarle.

IX

Mientras tanto Paco había logrado burlarse de lo lindo del estúpido sheriff. Le



—Por eso disparé contra la cañería como si hubiese sido contra un bandido.

tendió una emboscada, cayó en ella el otro y entonces le hizo que se pusiera su ropa y Paco se puso la suya. Disfrazado, pues, el sheriff con las ropas de West y montado en su caballo, todos creyeron que efectivamente era el mozo buscado, y se lanzaron tras él a todo correr de los caballos. Mas como "Aguila" estaba convencido de que llevaba a su amo corría como el viento y por eso la persecución duró largo tiempo. Al fin le echaron el lazo y "Aguila" se de-

tuvo. Sólo entonces pudieron darse cuenta de la broma, y dejaron todos sólo al sheriff más corrido que una mona.

—¡Eh! ¿Es que nadie quiere ayudarme a desmontar?—gritó colérico.

Por la voz "Aguila" conoció que no era su amo el que cabalgaba a sus lomos y de tres saltos lo tiró a tierra como una pelota. No hizo falta que ninguno de sus auxiliares viniese a desmontarlo.

En tanto que se desarrollaban estos sucesos, quiso la casualidad que Paco West, después que hubo disfrazado con sus ropas al sheriff, encontró un carro tirado por dos caballos en el que había una lona magnífica para ocultarle. Paco subió al carro y se tapó con la lona en espera de los acontecimientos. No habían pasado diez minutos cuando Mirta, deseosa de seguir la marcha de la persecución lo más de cerca posible, subió al pescante y arreó los caballos. A tal tiempo acertó a pasar por allí Lordes, y se ofreció a llevarla.

—Yo mismo la llevaré para que me vea mezclar la brea y las plumas. Se me ha metido en la cabeza "emplumar" al autor de la rotura de mi cañería y me voy a salir con la mía. Iba a ir en mi auto, lo mismo me da ir en este carro.

Mirta hizo todo lo posible por oponerse a que la lleva, pero Lordes se impuso y

hubo de acatar su voluntad aunque a regañadientes.

A mitad camino Lordes intentó propulsarse y Paco West que todo lo veía y lo observaba, salió de su escondite y entre los dos hombres comenzó una lucha formidable.

Los caballos, sin dirección, se desbocaron; en la revuelta de una curva Mirta fué despedida a la cuneta.

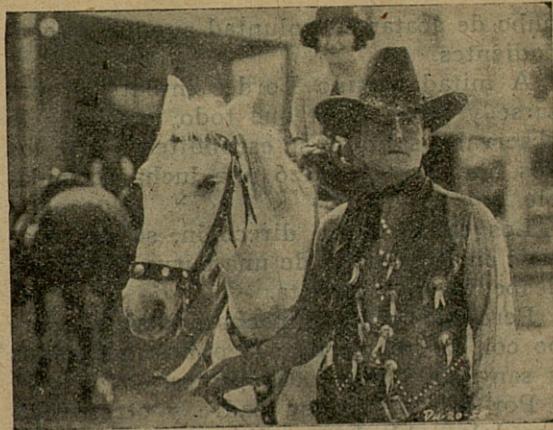
Pero ellos seguían machacándose el cuerpo con las mazas de sus puños, gironados y sangrando por todas partes.

Por Mirta supo su padre y otros vecinos del pueblo lo sucedido y se encaminaron tras el carro, deseosos de ver el giro que tomaba el asunto.

Mas cuando tras larga caminata llegaron al lugar del carro sólo quedaban cuatro tablas y dos ruedas, los caballos se habían despeñado y Paco West estaba sentado encima de Lordes, el cual, en tierra, boca abajo, escribía en un papel la renuncia al manantial y su alejamiento por un tiempo indeterminado del pueblo tal y como le dictaba Paco West.

Cuando se acercaron a ellos los notables del pueblo, dijo West:

—El magnánimo Lordes y yo acabamos de cerrar un convenio y nos causará la pena de ausentarse.



Dos horas después entraba triunfalmente en el pueblo con la elegida de su corazón.

—¿Y cuando se va, Lordes?—preguntó el padre de Mirta con estudiada indiferencia.

—¡Ahora mismo!—exclamó West dándole un puntapié y echándole de allí.

Geofredo Lordes se alejó amenazándole con los puños cerrados, pero nadie le hizo caso ni mucho menos se tomaron en consideración sus bravatas después de la soberana paliza que había recibido.

Satisfechos todos, pues en un momento se veían libres de su eterna pesadilla, el

primero en hablar fué Timoteo Dean, padre de Mirta, para decirle:

—¡Amigo mío! Usted es la clase de hombre que necesitamos por aquí! ¡El puesto de gerente de las obras hidráulicas es suyo!

X

Dos horas después, Paco West hacía en el pueblo de Valle Desierto su entrada triunfal, llevando sobre “Aguila Blanca” a Mirta, la mujer elegida por su corazón y a la que al día siguiente había de unirse para siempre.

Jamás la más ligera nubecilla alteró su felicidad y aunque pasado mucho tiempo volvió Lordes a pasar una temporada en el Valle nunca se atrevió a molestar a West. “El miedo guarda la viña”, dice el refrán. En este caso el miedo de Lordes era de los formidables puños de West que ya había probado una vez y no quería volver a probar nunca más.

Mirta y Paco West tuvieron todo completo, pues Dios bendijo su hogar con un par de pequeñuelos: niño y niña.

FIN

ORATORIA EN VERSO

PARA BANQUETES
BODAS Y BAUTIZOS

DEDICATORIAS, ENHORABUENAS
BRINDIS, INVITACIONES, ETC., ETC.

por

DIEGO de MARCILLA



PRECIO DE CADA TOMO
UNA PESETA

86
BATURRADAS

Hermosa colección de cuentos,
chistes, ocurrencias, cantos, etc.

Por

Juan del Ebro

1

Se han publicado los tomos siguientes

- 1 CHISTES BATURROS
- 2 CARTICAS BATURRAS
- 3 UN BATURRO ENAMORADO
- 4 LAS BODAS DEL MAÑO
- 5 OCURRENCIAS BATURRAS
- 6 GRESCA BATURRA

Bonitas cubiertas en tricomía

PRECIO: 15 CÉNTIMOS